

EL DON DE LA VIDA
Domingo 5º de cuaresma. A
29 de marzo de 2020

“Lázaro, sal fuera”
(Jn 11,43)

Señor Jesús, muchas veces he meditado el relato evangélico en el que se refiere la resurrección de Lázaro. En otros tiempos lo veía como una maravillosa historia de amistad con una familia que te ofrecía sus atenciones y su casa. Por devolver la vida a un amigo, tú ponías en peligro tu propia vida.

Pasados los años, ese relato me habla de tu identidad y tu misión. Es comprensible la queja de Marta. Con razón lamentaba ella que no habías estado presente para evitar la muerte de su hermano. Pero en tu respuesta, tú te revelas como “la resurrección y la vida”.

¡La vida! Aunque pretendemos manejarla a nuestro antojo, nos basta una infección para entender que la vida biológica es un don gratuito. Pero además, hemos de reconocer el milagro de esa vida integral, que es armonía con las cosas, con los demás y con la divinidad.

Con el salmo cantamos que Dios es la fuente de la vida. Nuestra fe nos impulsa a pedir ese regalo, a vivir con gratitud ese don, a difundir con alegría la experiencia de vivir esa armonía. Al fin, tú has venido para que tengamos vida en plenitud.

Sin embargo, tú sabes que llevamos una vida apagada y rutinaria, enclenque y mortecina. Olvidamos el origen de nuestra vida y el destino que nos espera. Nuestros pensamientos y deseos se enzarzan en proyectos que no dan testimonio de la vida verdadera.

Por eso, me impresiona la majestad con la que tú te acercaste a la tumba de tu amigo. Tú siempre habías demostrado tu poder sobre el mal y la enfermedad, sobre los espíritus del mal y la obstinación humana. Pero en Betania mostraste tu señorío ante la muerte.

“¡Lázaro, sal fuera!”. Oigo esa llamada y sé que se dirige a mí. Solo tu voz puede despertarme de mi sueño. Solo tú puedes ayudarme a librarme de mis vendas y sudarios. Solo tú puedes hacerme salir de mi sepulcro. Solo tú puedes devolverme el regalo de la vida. Solo tú, mi amigo y mi Señor.

José-Román Flecha Andrés